

cibido luego de mi llegada á esta un billete del cardenal Zelada, secretario de Estado de Su Santidad, y respecto de su contenido he hablado extensamente con Mr. Pitt. Sincera y profunda admiracion me manifestó el Ministro por la entereza de la Sede romana, y me ha dicho ingénuamente que, sin que deseara que se hiciera asunto de Religion la vasta liga monárquica que proyecta, cree necesaria la intervencion del Pontífice en las presentes circunstancias. Con su exquisito buen sentido Pitt reconoce las razones que desenvuelve el Padre Santo; mas desearia que la corte de Roma aplicase al universo entero las disposiciones que ha adoptado para evitar una invasion en territorio pontificio... «No pido, ha dicho Pitt, que el Papa en persona se ponga al frente de una cruzada política, ni que la predique como Urbano II; aquellos tiempos han pasado ya, y aunque como anglicano no debo sentirlo, es lícito en las circunstancias actuales pensar de muy distinto modo como hombre, y mas aun como ministro que soy de la Gran Bretaña, encargado de velar por la trastornada Europa. Las coligaciones que proyectamos en nombre del órden social son combatidas y frustradas por intereses particulares; mas de una vez las cortes del continente se han detenido y retrocedido á causa de la diferencia de opinion y de culto que existe, y pienso que habríamos de establecer un lazo comun que nos uniera. *El Papa podría ser el centro deseado.* Italia, España, Austria y parte de la Alemania se levantarían á su voz, y la autoridad pontificia, debilitada momentáneamente en dichas naciones por deplorables causas, podría con facilidad recobrar el influjo perdido, sobre todo si contribuyeran á ello Prusia y Rusia.»

«Á la observacion que consideré oportuno hacerle sobre la avanzada edad del Sumo Pontífice, añade el señor Obispo de Arras, y del juicio que de los acontecimientos forma, contestó Mr. Pitt que comprendia y aprobaba tamaña circunspeccion; que habia sido *yerro imperdonable reducir el Pontificado al aislamiento*; que el Pontificado es *una fuerza que debe tenerse en cuenta en todas épocas*; y que para los Gobiernos debia ser de grave peso la ingratitude practicada.

«Los intereses personales ó los designios políticos nos apartan y dividen, continuó diciéndome Mr. Pitt, y Roma, que *es la única que puede levantar su voz imparcial*, libre de temor y preocupaciones exteriores, deberia hacerlo y hablar impulsada por sus deberes mas que por sus afectos, de los cuales nadie duda. Una bula del Papa presentada á las Cortes católicas por legados *à latere*, en la que se anunciase la guerra santa, la guerra á la anarquía, produciria inmensos y saludables resultados: armaria á los soberanos y á las naciones, y estableceria una alianza indestructible, única capaz de resistir el salvaje entusiasmo de la demagogia.»

Pocas páginas tan elocuentes contiene la historia contemporánea como la que acaba de leerse, en la que vienen consignados los sentimientos de admiracion á las virtudes de Pio VI y de confianza en la dignidad é influencia social del Pontificado, por un político de la talla de Pitt. ¡Consoladora vindicacion de las calumnias lanzadas en otro tiempo por la Inglaterra contra la Sede Pontificia! ¡Homenaje inapreciable rendido á la verdad por uno de los hombres mas eminentes y despreocupados de aquella época! Cuando tal era el lenguaje de los anglicanos distinguidos, ¿cuál debia ser el de los católicos fervientes?

Pero si en los párrafos leídos brillan los sentimientos de Mr. Pitt sobre el

Pontificado y las esperanzas que en su accion política tenia concebidas, en los que van á leerse se evidencia la prudencia, el tacto, la prevision, el criterio de Pio VI.

El cardenal Bernis, contestando al despacho del Obispo de Arras, le decia entre otras cosas: «La coalicion que ha concebido el Gobierno británico es empresa grandiosa y útil; el Gobierno pontificio considera un deber y un derecho adherirse y cooperar á ella, empero por ahora Su Santidad no desea pasar mas adelante; muchos cargos se han dirigido al Pontificado por su intervencion en las contiendas entre reyes y pueblos, y la Santa Sede no quiere dar pretexto á nuevas é impremeditadas censuras, ó á culpables represalias. No corresponde ya al Papa ordenar ni predicar guerra alguna, por mas justa que sea; solo le resta sufrir sus consecuencias.

«Además entre los Soberanos, y especialmente en sus Consejos, no existe la union ni la homogeneidad necesaria para creer en la eficacia de la intervencion pontificia, y Mr. Pitt, que está en negociaciones con esas mismas incertidumbres régias ó ministeriales, comprende mejor que nadie el sentimiento de dignidad que mueve al Padre Santo.»

La superioridad de la prevision política del Pontífice que inspiró la anterior respuesta es á todas luces patente; las palabras anteriores lo demuestran; el Papa no se ilusionó ante la bella perspectiva de la jefatura moral de los ejércitos coligados, y comprendió que no habia llegado la hora de restablecer, como en la edad media, la accion pontificia sobre los políticos. Cualquiera otro soberano menos maduro, menos reflexivo, al verse á las puertas mismas del cautiverio, hubiera aceptado esta otra puerta que la Inglaterra le ofrecia, y que á simple vista podia conducirle á la supremacia política. El Pontificado, que nunca se deja deslumbrar por los resplandores de la gloria terrena, midió las dificultades, examinó los tiempos, sondeó el espíritu de la época, penetró la intension de los corazones, y dijo: *No me conviene la aventura; el Pontificado no renunció en los pasados tiempos la accion paternal que hoy se le ofrece sin garantias sobre la marcha política de las soberanías; de su mano fue arrebatado el cetro; todas las naciones contribuyeron á arrebatárselo; pues que sean todas las naciones las que se lo devuelvan.*

Y nada mas natural y lógico.

Las contestaciones que acabamos de resumir entre Pitt y el Pontífice, por mediacion del cardenal Bernis y el Obispo de Arras, son un nuevo dato para apreciar aquella situación.

No pueden ser mas instructivos los hechos que caracterizan la situacion del mundo al nacer Pio IX, y durante su primera niñez. La sociedad habia perdido la clave que sostenia el órden político y moral; todas las instituciones, conmovidas en sus bases, ofrecian el lúgubre cuadro de una ruina universal.

El espíritu de reconstitucion no dejaba sentir en ninguna parte su vivificador soplo.

La Europa no veia sino una cuestion de fuerza en la que era una verdadera cuestion doctrinal.

Los principios de la civilizacion cristiana, negados por el protestantismo, no fueron reconocidos; la protesta continuó en las escuelas y en los templos; las ruinas sociales, consecuencia de aquella protesta, debian permanecer, como en efecto permanecieron.

El Pontificado era el elemento que, sinceramente apoyado por la política,

podía restablecer el orden por medio de la paz. Pero el orden moral, cuyo único fundamento es la virtud y la fe divinas, exigía la abjuración de las doctrinas que sancionan la rebeldía de las conciencias.

Los soberanos de la tierra siguieron abrigando toda clase de prevenciones contra la soberanía del cielo.

El báculo pontificio, bandera de salvación, no fue proclamado símbolo de la restauración; Dios suscitó entonces la espada de Bonaparte.

El escepticismo de los poderosos fue castigado por la más poderosa de las tiranías.

Los brazos de los reyes que permanecieron cruzados ante el martirio del Papa, heredero de la mansedumbre de Leon, tuvieron que levantarse contra los ejércitos del nuevo Átila.

Pero Átila era el azote de Dios, y la mano de Dios cuando azota humilla de un golpe todas las soberbias.

Tal es la reseña de los hechos que constituyen la parte práctica de aquella situación.

Preciso es que, remontándonos a la región de los principios de que aquellos eran legítima consecuencia, examinemos la situación de

LAS DOCTRINAS.

Aunque incidentalmente hayamos hablado de la influencia de los errores filosóficos en los trastornos sociales de aquella época, la importancia del asunto exige párrafo aparte.

Los adversarios de la fe quisieron desde principios del siglo XVIII constituir una escuela, en la que los hombres de opiniones diametralmente opuestas se unieran por un lazo común. El lazo de unión fue el espíritu de aversión a todo dogma revelado. No se resignaron a llamarse incrédulos; tomaron pomposamente el nombre de filósofos.

Semejante título fue una verdadera usurpación. Hasta entonces no había existido incompatibilidad alguna entre la fe y la filosofía. Las escuelas religiosas eran también academias filosóficas, y la edad media, partiendo de la armonía del dogma y de la ciencia, había enriquecido los anales del género humano con obras que serán siempre indisputables portentos de la razón.

El Catolicismo tiene su filosofía, y el desarrollo de los sistemas racionales no choca dentro de la Iglesia católica con otros límites que los de la jurisdicción natural de la inteligencia.

Al siglo XVIII pertenece el privilegio de haber proclamado la rivalidad entre el dogma que enseña lo sobrenatural y la filosofía que investiga lo que traspasa las fronteras de lo que llamamos la naturaleza.

Las impiedades socinianas, las atrevidas negaciones de Hobbes y Espinosa, las objeciones especiosas de Bayle, constituyeron una atmósfera intelectual cargada de pirronismo e incredulidad.

Herbert, conde de Cherbury, había sistematizado el deísmo en Inglaterra: se gloriaba en sus escritos de haber establecido una religión puramente natural sobre las ruinas del dogmatismo revelado. Blount desarrolló las máximas de Herbert en su obra sobre los *Oráculos de la razón*; *El Cristianismo razonable* de Locke despojaba del carácter divino la institución cristiana, y bajando a JESUCRISTO del altar, le concedía un puesto preeminente en la academia de los grandes sabios de la humanidad, discurriendo sobre el Fundador del

Cristianismo a la luz de un criterio completamente arriano en el fondo; Toland en su libro *El Cristianismo sin misterios*, y Buri en el de *El evangelio neto*, desarrollaron los principios de Locke.

Coward en sus *Reflexiones sobre el alma humana* considera a esta como una invención ridícula del paganismo, admitida por el dogma cristiano sin razón sólida.

Los errores fundamentales de la escuela se popularizaban por medio de folletos atrevidos, que derramaban sutilmente el veneno en los corazones dóciles de las muchedumbres: *El cordial para los talentos de poco alcance*; *Las columnas en que descansa la superstición sacerdotal*, y otros por el mismo estilo ridiculizaban la fe, ya no solo en las enseñanzas de la Iglesia católica, sino en la de los restos del dogma conservados por el protestantismo.

El naufragio de las almas llegó a ser tan alarmante, que los mismos pastores anglicanos no se juzgaron dispensados de elevar un grito de alerta a las conciencias, inspirando algunas *defensas de la Religión revelada*. Laudable tarea, pero inútil e ineficaz, desde el momento que obedecía a la inspiración de unos pastores que se habían rebelado a su vez contra una parte esencial del dogma cristiano.

El desprecio religioso llegó hasta glorificar los alardes de incredulidad; la juventud inglesa, asociada bajo el irónico título de *el fuego infernal*, exhibía todo el irónico rencor que abrigaba contra los más graves puntos de la teología cristiana.

En vano en el seno de la representación nacional se elevaron algunas protestas y se pidió un bill de reprobación; el temor de atentar a la *sagrada libertad de pensamiento* detuvo a los legisladores, y el *fuego del infierno* pasó adelante.

Hemos hablado ya de las doctrinas de Montesquieu, que en sus *Cartas persanas* ó *pérsicas*, y en otros de sus escritos, trastornó las bases de la moral. «Su *Espíritu de las leyes*, dice Mr. Chaulnes, eliminando de los códigos al Evangelio, causó nuestras interminables revoluciones.» El gran filósofo definió de esta manera la justicia: «Es una relación de conveniencia, dijo, que se encuentra realmente entre dos cosas.» «La ley es, según el mismo, la *razón humana* que gobierna todos los pueblos.»

Toda la política revolucionaria descansa sobre ambas definiciones.

El materialismo de Montesquieu se compendia en esta máxima cínica: *Nada hay tan aflictivo como los consuelos de la Providencia.*

Su sensualismo viene consignado en esta fórmula estúpida: *Para que un príncipe sea poderoso es indispensable que sus súbditos naden entre placeres.*

Su inmoralidad se ostenta en la siguiente frase: *Los hombres malvados en detall, en conjunto son gente honrada.*

Leídos estos principios, es inútil todo comentario; Montesquieu era un filósofo modelo.

Voltaire no fué más adelante en el fondo de sus escritos, aunque presentara más engalanada la literatura de la impiedad.

Los desvaríos filosóficos del siglo XVIII vinieron a resumirse en cuatro obras que bien pueden ser consideradas como los cuatro evangelios de la revolución.

El diccionario de la filosofía antigua y moderna, por Natgeon, en el que la fe es calificada de estupidez y la soberanía de criminal; libro en el que su au-

tor formula esta frase ya conocida, pero cuya vulgaridad nada quita á la fecundidad de sus resultados: *Yo quisiera que el último de los reyes fuese colgado con las tripas del último sacerdote.*

El origen de todos los cultos, por Dupuis, libro que confundia el Cristianismo con la idolatría, y comparaba los misterios de la redencion con las fábulas paganas, atribuyendo á estas la superioridad.

El diccionario de los ateos, por Marechal y Lalanda, en el que se apologiaba con entusiasmo el vicio.

La guerra de los dioses antiguos y modernos, obra en que Parny ridiculiza las augustas verdades de nuestra fe y la gloria de la santa divinidad que adoramos.

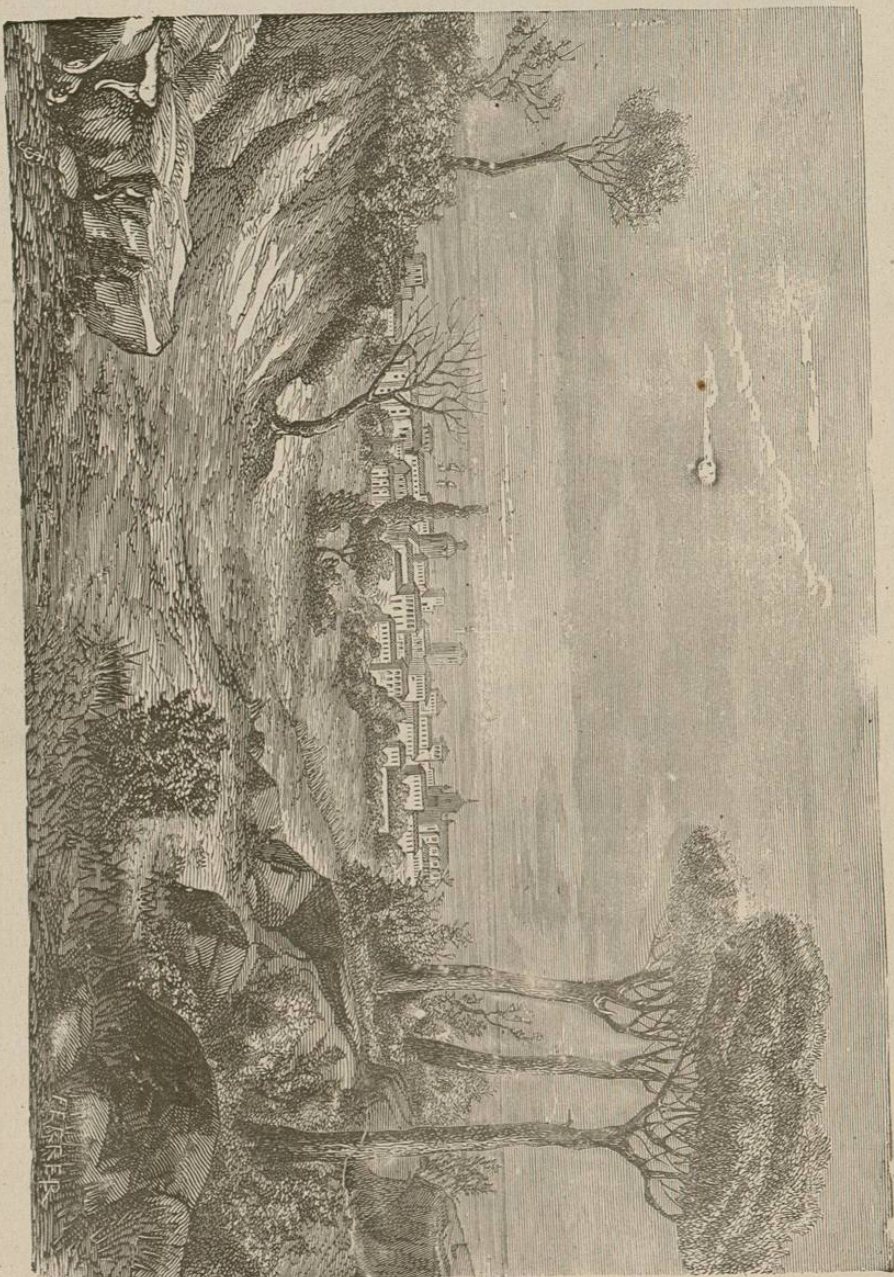
Para terminar esta rápida excursión por la region de las ideas del siglo XVIII es oportuno consignar que la ironía contra la Religion y el escepticismo en lo sobrenatural llegó á anublar la inteligencia de algunas de las señoras que en aquella sociedad descollaban.

Eva recobró en los salones del desventurado siglo que nos ocupa aquel desden de la Divinidad que la perdió en el paraíso, y que debemos confesar que no habia caracterizado desde entonces ni el lenguaje, ni los sentimientos de la mujer. Madama de Deffand personificó el bello sexo *despreocupado* de su tiempo; fue el tipo de las mujeres *emancipadas* del espíritu evangélico, aunque servilmente sometidas á la impura galantería del cínico Voltaire.

Conseguido el divorcio de la mujer y de la fe, el libertinaje tuvo un santuario en el seno del hogar, y las doctrinas piadosas perdieron la influencia de la madre, que tiene de Dios conferida una especie de apostolado doméstico. El culto de los Santos fue sustituido por el culto de los filósofos; la razon fria ocupó el lugar de la vivificante piedad.

En los últimos años del siglo XVIII, que fueron los primeros de la vida de Pio IX, las dudas suscitadas por todas las escuelas tenian cubierta de espesa niebla la region de las inteligencias; la negacion de la verdad, consecuencia de aquellas dudas, produjo los desórdenes sociales que hemos indicado.

SINIGAGLIA, PATRIA DE PIO IX.



CAPÍTULO II.

PATRIA, FAMILIA Y NACIMIENTO DE PIO IX.

En el litoral del Adriático se encuentra Sinigaglia, una de las hermosas y pequeñas villas de la Italia, que si no es notable por alguno de los renombrados monumentos que immortalizan varios lugares de aquel país, tan rico en bellas artes, obtendrá justa celebridad por haber sido la cuna de Pio IX.

No es derecho exclusivo de las playas pintorescas crear y engrandecer corazones magnánimos y fecundar imaginaciones privilegiadas; pero indudablemente al arrullo de las olas se han formado gran parte de las notabilidades sociales.

Al través de la aparente monotonía de las aguas congregadas, presenta el mar algo de inmenso é imponente que ayuda á sublimar el espíritu, inspirado de continuo por la agilidad y sutileza de sus incansables oleadas.

En el horizonte ilimitado que el mar ofrece á la observacion atenta encuentra el alma campo vastísimo, fecundo en elementos siempre nuevos para enriquecerse; delicadas armonías con que constituir un himno de eterna admiracion al universo y al Autor de sus embelesantes prodigios.

Pio IX no es el único varon eminente que ha tenido su cuna en las orillas del Adriático; la Iglesia conserva gratos recuerdos de algunos de sus notables príncipes que recibieron las primeras impresiones de su niñez envueltas en la brisa de aquellas aguas en que baña sus mármóreos piés Venecia, la elegante reina de las ciudades.

En las riberas del Adriático está la cuna del cardenal Leandro de la Motte, célebre en el campo de las letras griegas y latinas en su mocedad; honrado en su juventud por varios monarcas de Europa y glorificado por la enérgica y victoriosa controversia sostenida en la dieta de Worms con Lutero y con Erasmo, caudillos de la Reforma. Paulo III le honró con el birrete carde-